

Discurso de Apertura 2026-2027

SALUTACIONES Y AGRADECIMIENTOS

Mesa presidencial

Dña. Diana Morant, ministra de Ciencia, Innovación y Universidades

Dña. Rebeca de Juan, vicerrectora de Calidad y Acreditación

Dña. Susana Olcina, secretaria del Consejo Social

Dña. Elena Maculan, secretaria general

Autoridades del Gobierno, del Parlamento, y de la Comunidad de Madrid que nos acompañan

Alcaldes y alcaldesas de los municipios de Madrid

Autoridades civiles y militares

Comunidad universitaria de la UNED

Equipo de gobierno

Rectoras y rectores honoríficos

Decanas, decanos y directoras y directores

Personal docente e investigador

Personal Técnico de Gestión, Administración y Servicios

Estudiantes

Directores, profesores tutores y PTGAS de los centros

Señoras y señores

Queridos y queridas compañeras y amigos que nos estáis siguiendo a través de Canal UNED

Quiero comenzar expresando mi agradecimiento

- A todas las personas que hacen posible que el acto se desarrolle tan satisfactoriamente:
 - Intérpretes de lengua de signos
 - Equipo de UNED MEDIA
 - Ordenanzas, maceros, jardineros, personal de mantenimiento y de seguridad
 - Equipo de protocolo
 - Coro, que nos deleita en cada uno de los interludios

Sean todos ustedes bienvenidos a esta casa común que es la UNED.

Hoy celebramos una nueva apertura del curso universitario, pero la que hoy nos reúne tiene para mí un significado especialmente emotivo: después de ocho años compartiendo con esta comunidad la solemne tarea de inaugurar cada nuevo curso, comparezco hoy ante ustedes por última vez como Rector de nuestra Universidad.

Sra. ministra

Sra. ministra: muchas gracias por honrarnos con su presencia también este año en este solemne acto de apertura del curso. Su presencia aquí nos transmite

esa confianza y ese compromiso que han quedado plasmados en la reciente firma del Plan plurianual de financiación y ampliación de la oferta académica 2026-2029, y nos brinda la oportunidad de agradecerle, con afecto y reconocimiento, en nombre de toda nuestra comunidad universitaria, su contribución a la consecución de este hito en la historia de la UNED.

Secretaria general

Quiero igualmente manifestar mi felicitación:

A la secretaria general, por la excelente memoria que ha presentado, y que contiene una relación fiel de nuestra realidad, nuestros propósitos y nuestros logros. Muchas gracias, secretaria general, por el gran trabajo que Ud. y su equipo han realizado en un año exigente desde el punto de vista normativo y que, además, ha culminado con la publicación de los nuevos Estatutos.

Profesorado y PTGAS

Quiero también dar la bienvenida y felicitar a quienes, a lo largo del pasado curso, se han incorporado a nuestra Universidad o han promocionado dentro de ella: al personal técnico, de gestión y de administración y servicios y a los más de cien nuevos profesores ayudantes doctores. Sois ya parte fundamental del presente de la UNED, una Universidad que os valora, pero que también necesita de vuestro compromiso y esfuerzo para continuar avanzando en la prestación de servicios de calidad y amplia aceptación social. Y mi felicitación más afectuosa a las nuevas profesoras y profesores funcionarios que han tomado posesión de sus plazas y que hoy hemos reconocido solemnemente. Este acto expresa vuestro orgullo de pertenecer a la UNED y permite compartir ese logro con quienes os han acompañado hasta aquí: familiares, seres queridos y también vuestros maestros.

Conferenciante: Remedios Morán

Quiero felicitar, finalmente, a la profesora Remedios Morán por su magnífica lección inaugural. Querida profesora Morán, cuánto hemos disfrutado de su competencia lectiva.

A través del *Fuero Juzgo* y de las *Siete Partidas*, nos ha mostrado cómo el amor desborda el ámbito de los afectos privados para adquirir una dimensión jurídica y pública: lealtad, fidelidad, justicia y búsqueda del bien común. El Derecho aparece así no solo como un sistema de normas y obligaciones, sino también como expresión de los vínculos que hacen posible una comunidad.

Y mientras la escuchaba pensaba que quizá esa sea también una de las formas más profundas de amar la Universidad. A la luz de esta reflexión, querría enmarcar mi intervención en un día tan emotivo para mí.

El significado de este acto:

Una Universidad como cantera cívica. La dignidad humana

Esta apertura tiene para mí, inevitablemente, un significado singular. Con ella se cierra también una etapa de ocho años en los que he tenido el inmenso honor de servir a esta Universidad como Rector. Por ello, he pedido a la secretaria general que, al término de este acto, proceda a publicar la convocatoria de elecciones al Rectorado.

Comienza así para nuestra Universidad un nuevo tiempo; y para mí, el momento de despedirme de una responsabilidad que ha marcado profundamente mi vida.

Y, hoy confieso que resulta difícil encontrar las palabras adecuadas cuando, en un mismo instante, confluyen tantos sentimientos y remembranzas: la emoción por lo vivido, la memoria de quienes nos han acompañado, la satisfacción por el camino recorrido y también esa inevitable melancolía que acompaña a todo aquello que sabemos que no volverá a repetirse. Al mirar hoy hacia atrás, no recuerdo solamente acontecimientos, proyectos, dificultades superadas o metas alcanzadas. Recuerdo, sobre todo, personas. Rostros, conversaciones, encuentros, afectos; momentos de incertidumbre y momentos de alegría y también de pesar; decisiones difíciles y esperanzas compartidas.

Y quizá por eso siento que esta ceremonia tiene para mí algo de encrucijada: abrimos, como cada año, un nuevo curso para nuestra Universidad, pero al mismo tiempo comienzo a despedirme de una etapa decisiva de mi propia vida. Y ante ese cruce de caminos, por encima de cualquier otro sentimiento, hay uno que quisiera compartir con todos Uds.: la gratitud.

Hoy, más que hacer una relación de los proyectos culminados, quisiera detenerme en la pregunta que considero esencial para la Universidad en estos tiempos inciertos y entrópicos: para qué educamos y qué clase de seres humanos contribuimos a formar. Porque no importa solo cuánto somos capaces de saber, sino qué humanidad queremos construir con aquello que sabemos.

La ciencia necesita conocimiento, pero también conciencia; la inteligencia, libertad, pero también responsabilidad; y el progreso, para ser merecedor de este nombre, necesita un horizonte que le dé sentido: la dignidad humana y el bien común.

“Recuerda tu humanidad y olvida todo lo demás”, escribió Bertrand Russell. Manuel Fraijó, catedrático emérito de Filosofía de nuestra Universidad, lo expresa con otra formulación que contiene casi un programa moral: “la humanidad es nuestro común distintivo”, y el amor hacia ella constituye una suerte de imperativo

categorico. Quizá ahí resida una de las tareas más nobles de la Universidad: hacernos conscientes de esa humanidad compartida y de la responsabilidad que nace de ella.

De eso quisiera hablarles hoy: de la Universidad como cantera de ciudadanía, garante de la dignidad humana y oxígeno para la democracia, especialmente en un tiempo de creciente desconfianza hacia las instituciones. Durante estos ocho años he querido contribuir a construir precisamente eso: una Universidad con Alma, avanzada, abierta al mundo y científicamente ambiciosa, pero consciente de que su grandeza no se mide únicamente por el conocimiento que genera y transmite, sino también por la humanidad que ayuda a construir.

Y para recorrer estas reflexiones he querido convocar algunas de las voces – y pido perdón por algunas omisiones- que durante estos años he tenido el privilegio de incorporar a nuestra comunidad como doctores *honoris causa*. Las convoco no solo por la excelencia de su obra, sino también porque desde la ciencia, la literatura, el pensamiento o la superación personal nos muestran distintas maneras de poner el talento al servicio de los demás. Citarles es también una forma de gratitud: reconocer a quienes nos han ayudado a pensar mejor, a mirar más lejos y a ser un poco más dignos de esa humanidad que compartimos.

La Universidad como oxígeno democrático

En un mundo atravesado por la incertidumbre, la polarización y el ruido, la calidad de nuestra convivencia depende también de la calidad de quienes la construyen: una sociedad más justa necesita personas más justas, y una cultura del diálogo solo puede edificarse sobre ciudadanos dispuestos a escuchar.

La Universidad custodia la ciencia y el conocimiento, que cultiva y propaga mediante la palabra racional y democrática. A través de ella, enseña a pensar para

poder convivir; desarrolla nuestra capacidad de análisis, nos inmuniza frente a los dogmatismos —siempre arbitrarios— y nos hace conscientes de la inanidad intelectual de las opiniones no sustentadas en el conocimiento. Y, sobre todo, nos enseña que es posible respetar el disenso sin convertirlo en división o ruptura, y discrepar del otro sin descalificarlo ni, mucho menos, demonizarlo.

Y, en estrecha conexión con lo dicho, hay una idea que pronunciaba Teresa Perales, Doctora Honoris Causa por nuestra Universidad, en este salón de actos, que expresa admirablemente esta actitud. Hablando del deporte, afirmó: «La humildad nos enseña a mirar al rival a los ojos con gratitud, reconociendo que su esfuerzo también da valor a nuestras propias victorias».

Mirar al adversario con gratitud: una formidable lección para el deporte, pero también para la Universidad y la democracia. Quien discrepa nos obliga a revisar nuestras certezas, afinar nuestros argumentos y pensar mejor. Al comienzo de mi intervención cuando felicitaba a las profesoras y profesores funcionarios, llamaba la atención sobre la presencia de los familiares, seres queridos y maestros. No era un llamamiento casual, sino que responde, siguiendo las palabras de Juan Mayorga (DHC), a la visión que sostengo sobre la escuela según la cual “no debería ser el lugar de dominio de una generación sobre otra sino el lugar de encuentro entre generaciones”, y esta cita secreta entre generaciones, simbolizada en este acto, nos permite poner el pasado en conversación con el futuro. Un gesto de respeto y gratitud, en suma, de civismo.

En esencia, mientras la Universidad mantenga viva la palabra, preserve la razón frente al dogma y enseñe a reconocer la dignidad de quien piensa distinto y se mantenga alejada de la política del venablo, la democracia podrá contar con el oxígeno intelectual y ético para seguir respirando.

El concepto y valor de la verdad: las redes sociales como plataformas docentes y la IAG

Siguiendo la estela de Ortega, me atrevo a decir que uno de los problemas de nuestro tiempo es la relativización del concepto y valor de la verdad con una afección clave en todos los ámbitos sociales, pero, muy en particular, en la educación y en la ciencia.

Durante estos años, me lo han escuchado muchas veces, he reclamado el rigor, como el mejor antídoto frente a la información indiscriminada y acrítica, y el compromiso con la verdad, el debate basado en evidencias y argumentos veraces y honestos, pues una sociedad que pone en duda la prevalencia de la Razón, denuesta la idea de progreso.

Pues bien, he de confesarles que observo con cierta preocupación el hecho de que ciertas plataformas, a modo de redes sociales, se estén convirtiendo en plataformas docentes alternativas. En esos escenarios hipnóticos de las redes sociales, como nos indica Irene Vallejo, DHC por nuestra Universidad, no se distingue lo verdadero de lo falso; se imponen argumentos en función de su extravagancia y no de su rigor; lo importante, el argumento científico y veraz compite con lo viral; la explicación paciente con la reacción inmediata; el juicio razonado con la visibilidad; un mensaje puede circular por su capacidad de provocar adhesión o indignación, con independencia de la solidez de sus argumentos y, lejos de crear una opinión veraz y contrastada, no dejan de ser escaparates hipnóticos que ofrecen adhesiones apasionadas, seguidores, “elogios en serie que no en serio”.

En este contexto de ruido y desorden, una universidad consciente de su responsabilidad social debería advertir de la inanidad intelectual de las opiniones no basadas en conocimientos y recordar algo especialmente necesario en nuestro tiempo: que todas las personas merecen idéntico respeto, pero no todas las afirmaciones poseen idéntico valor; que una opinión no se convierte en verdadera

por repetirse muchas veces, pronunciarse más alto o encontrar más adhesiones porque el ruido puede multiplicar una opinión, pero nunca convertirla en conocimiento: la verdad se busca con razones, se contrasta con evidencias y se defiende con respeto y honestidad.

Y en este contexto tecnológico, la posibilidad de acortar y agilizar mediante la IAG esos procesos de lectura y estudio, reflexión, observación y experimentación inherentes al trabajo universitario suscita preocupación y, sobre todo, muchas preguntas que las universidades de todo el mundo tendremos que ir resolviendo. El mayor reto al que se enfrentan, y nos enfrentamos, reside probablemente en garantizar la autoría de esos rendimientos evaluados. La UNED, con su metodología semipresencial como una de sus señas de identidad fundacional, es, a estos efectos, la universidad a distancia mejor preparada para afrontar este reto gracias a su red de centros asociados en los que no solo tienen lugar las pruebas presenciales, sino también las tutorías que aseguran el acompañamiento de los estudiantes en su proceso de estudio y aprendizaje. La irrupción y generalización del uso de la IAG refuerzan, sin lugar a duda, la importancia de nuestros 61 centros asociados en España. Hoy más que nunca, son puntales del modelo UNED; hoy más que nunca, el trabajo que realizan sus equipos directivos, su PTGAS y sus profesores tutores merece nuestro agradecimiento.

La investigación: puente hacia la esperanza

En esta concepción de la Universidad como proveedora de oxígeno intelectual y ético de las democracias, como gran cantera de ciudadanía, la investigación posee también una extraordinaria capacidad para generar esperanza. Una esperanza que a menudo avanza mediante conquistas pequeñas e incrementales, pero que adquiere toda su grandeza cuando el conocimiento transforma concretamente una vida. Esa esperanza está en el paciente que encuentra nuevas posibilidades frente a la enfermedad gracias a investigaciones como las que han liderado otros DHC de la UNED; por ejemplo, las de Mariano

Barbacid, decisivas para el nacimiento de la oncología molecular; Eva Nogales, que nos ha permitido comprender mecanismos esenciales de la vida y de la acción de determinados fármacos; o José Elguero, ejemplo del valor insustituible de la investigación básica. Y esa esperanza anida asimismo en la sonrisa de un niño que, gracias a los exoesqueletos de Elena García Armada, consigue ponerse en pie, dar un paso y mirar el mundo desde la altura de los demás.

Pero también las humanidades y las ciencias jurídicas ensanchan nuestra humanidad: Almudena Grandes, Darío Villanueva, Irene Vallejo, Juan Mayorga, amplían con sus palabras las fronteras de nuestra sensibilidad. Ciencia y humanidades participan así de una misma tarea: conocer mejor la realidad para servir mejor a la humanidad. Esa es la mirada cívica que debe cultivar la Universidad: la que convierte el conocimiento en progreso, la inteligencia en servicio y el saber en esperanza.

El valor de la cooperación

Volviendo a Ortega, como argumentaba hace algo más de cien años, la clave de una sociedad viva y vertebrada reside en mantener un proyecto sugestivo de vida en común. Surge de ahí, la relevancia de la cooperación, del trabajo compartido y del convencimiento de que, por encima y por debajo de las posibles discrepancias, siempre late con fuerza el sentimiento de pertenencia a una comunidad.

En este contexto, no puedo pensar en un mejor ejemplo del alcance de la cooperación que la red de nuestros centros asociados que cuentan con la presencia y el compromiso de las instituciones locales, los ayuntamientos, las diputaciones y gobiernos regionales, que convergen en el impulso de la educación universitaria en los territorios, un ejemplo extraordinario de la importancia que tienen las alianzas como reflejo de una cultura del pacto y de la confianza basada en la acción conjunta entre equipos.

A todas estas instituciones, quiero expresar mi agradecimiento.

Y me va a permitir que singularice el valor de la cooperación con nuestro Ministerio y, en particular, con la ministra Morant. Ha sido un año muy relevante para nuestra Universidad que ha permitido firmar acuerdos de gran alcance y relevancia para la UNED, fruto de ese respeto y lealtad institucional.

El plan plurianual 2026-2029 nos proporciona un horizonte de estabilidad financiera para ampliar la oferta académica – una renovación que ya es una realidad en el presente curso académico-, reforzar las capacidades académicas de la universidad y aumentar así las oportunidades de formación para miles de personas.

A esta perspectiva de futuro se suma el proyecto del edificio de la Facultad de Ciencias, expresión del esfuerzo por dotar a nuestra actividad académica y científica de mejores espacios.

Querida ministra, tenga plena certeza de que, con su apoyo, no defraudaremos ninguna expectativa. El retorno social de este incremento será superior, como siempre lo ha sido, a la inversión realizada.

Un ruego: cuiden a la UNED, un proyecto con unas señas de identidad propias y una esencia diferencial; somos mucho más que una universidad, somos una institución que vertebr académicamente todo el territorio. La UNED está físicamente presente, institucionalmente presente, en toda la península, en las islas y en las ciudades autónomas.

A los estudiantes: inocular entusiasmo y la ilusión

Y querría dirigirme a los más de 150.000 estudiantes de la UNED.

El futuro no se nos entrega escrito: lo escribimos con nuestras decisiones. La historia no es una fuerza impersonal que nos arrastra inexorablemente, sino una construcción humana en la que cada generación, y cada persona, deja su huella. Porque, incluso ante aquello que no podemos elegir, conservamos siempre una parcela irrenunciable de libertad: la de decidir cómo actuar y qué responsabilidad asumir ante nuestro tiempo.

Por eso, deseo, queridos estudiantes, inocularos ilusión y entusiasmo para que alcancéis vuestros objetivos formativos.

Conclusiones desde la gratitud

Hoy, ocho años después de mi primer nombramiento como Rector, mantengo la convicción de que enseñar y aprender a conjugar la vida en plural es una misión central de una buena universidad. Durante este tiempo he aspirado a que nuestra Universidad fuese también eso: un enclave donde aprender que detrás de cada *yo* hay siempre un *nosotros*, y que detrás de ese *nosotros* aparecen los *otros*, y que finalmente, aparece el horizonte entero de la humanidad.

Lo expresó con una sencillez sobrecogedora el poeta norteamericano Carl Sandburg: «Solo hay un hombre en el mundo, y su nombre es Todos los Hombres. Solo hay una mujer en el mundo, y su nombre es Todas las Mujeres. Solo hay un niño en el mundo, y su nombre es Todos los Niños». Tal vez educar consista precisamente en hacer visible esa verdad: que en cada ser humano están, de algún modo, todos los seres humanos; que cada vez que abrimos una puerta al conocimiento, a la dignidad o a la esperanza de una sola persona, la estamos abriendo un poco para todos.

La humanidad ese imperativo que nos une, como decía al principio de mi intervención. Y por eso, al volver hoy la mirada hacia el camino recorrido, comprendo que aquello que durante tantos años llamamos Universidad nunca

fueron solamente sus edificios, sus títulos, sus proyectos o sus cifras. La Universidad han sido y son ustedes. Hoy quiero expresarles mi gratitud:

A nuestro PDI y nuestros profesoras y profesores tutores quienes enseñan e investigan, por su dedicación al conocimiento y por la responsabilidad con la que acompañan la formación de nuevas generaciones.

A nuestro PTGAS, quienes, desde las tareas técnicas, de gestión, de administración y de servicios, hacen posible cada día la vida de nuestra universidad, tantas veces con una labor discreta y silente que merece todo nuestro reconocimiento.

A nuestros estudiantes, por sus preguntas, por sus aspiraciones y por recordarnos que la universidad debe estar siempre dispuesta a aprender y a abrir caminos.

A nuestros Centros Asociados, sus equipos directivos y PTGAS por acercar la Universidad a tantas personas y territorios.

Al Consejo Social de nuestra Universidad, y muy especialmente a su presidenta, por su inestimable ayuda y constante apoyo.

A las Instituciones que nos han acompañado, gracias por su confianza y por su cooperación.

Igualmente, deseo hacer extensivo este agradecimiento a quienes han compartido conmigo responsabilidades de gobierno, por su entrega, su lealtad y su criterio.

Gracias a toda la comunidad universitaria por la confianza recibida, por el trabajo compartido y por cuanto me ha enseñado.

Mi familia

Y, si hablamos de la Universidad como escuela de ciudadanía, permítanme que recuerde con emoción a quienes fueron mis primeros y más importantes maestros: mi padre y mi madre. Para ellos, la Universidad fue siempre un lugar remoto, desconocido, inalcanzable; nunca pudieron acceder al conocimiento que en ellas se custodiaba. Y, sin embargo, mucho antes de que yo llegara a una Universidad, ellos ya me habían enseñado algunas de las lecciones más importantes que después he intentado servir desde ella: el valor del esfuerzo, la honestidad, el respeto a los demás y ese sentido común que tantas veces es también una forma de sabiduría.

Quizá por eso, al terminar este camino como Rector, comprendo que una parte de cuanto he querido defender durante estos ocho años comenzó mucho antes, lejos de cualquier aula universitaria, en la humilde y extraordinaria escuela de ciudadanía que fue mi propia casa.

No quiero olvidarme de mi mujer y mis hijos que han sido un apoyo fundamental, vital me atrevo a decir, esta parte de mi vida.

Conclusión

Voy concluyendo, en estos tiempos complejos y entrópicos que vivimos, he querido compartir con Uds. en el que es mi último acto oficial lo que siento que es en último término, nuestra tarea: formar personas que sepan mucho, ciertamente; pero, sobre todo, personas que sepan qué hacer con aquello que saben. Personas libres sin ser indiferentes; críticas sin ser intolerantes; capaces de defender sus convicciones y, al mismo tiempo, de escuchar las ajenas; conscientes de sus derechos y responsables de sus deberes; orgullosas de pertenecer a una comunidad y abiertas, al mismo tiempo, a la humanidad entera. En definitiva,

ciudadanos dignos de tal nombre y a la altura de nuestra historia que no es cualquiera.

Si algo deseo que haya quedado de mi tarea como rector es haber contribuido a afianzar una convicción: la dignidad de cada ser humano debe ocupar siempre el centro de nuestra vida universitaria. Esa dignidad humana es un legado imperecedero y es el mayor tesoro que estamos llamados a preservar. Su cuidado nos compromete a todos y da sentido a la universidad que queremos construir.

Comparto un deseo: Que esta universidad siga preguntándose qué significa ser humano y que responda cada día con sus actos. En una clase que despierta una vocación. En una investigación que mejora una vida. En quien retoma sus estudios después de años de renunciadas; en quien compagina el aprendizaje con el trabajo y los cuidados; en quien descubre, por fin, que también hay un lugar para él o para ella en la Universidad.

Que sepamos estar a la altura de esas esperanzas. Porque detrás de cada matrícula hay una historia, un esfuerzo y un futuro que merece nuestra confianza. Acompañar esos caminos es un privilegio. Haber podido hacerlo junto a ustedes ha sido uno de los grandes honores de mi vida.

Les deseo un feliz curso académico, de largo aliento, de largo alcance. En nombre de su SSMM Rey, declaro formalmente inaugurado el curso 2026-2027.

Muchas gracias.